
LIBROS

Patricia Verdugo: *Allende. Cómo la Casa Blanca Provocó su Muerte*
(Santiago: Catalonia, 2003, 207 págs.)

Peter Kornbluh: *Los EE.UU. y el Derrocamiento de Allende.
Una Historia Desclasificada*
(Santiago: Ediciones B, 2003, 224 págs.)

LA PERSISTENCIA DEL MITO: CHILE EN EL HURACÁN DE LA GUERRA FRÍA

Joaquín Fernandois

Hubiera querido que mis impresiones finales entregaran un cuadro más completo y vívido acerca de este país y de su pueblo tan amistoso, al que se solía llamar la “Inglaterra de América Latina”.

Sin embargo, Chile está completamente absorto en un proceso de luchas internas, políticas y económicas. La política invade todo su pensamiento, toda su literatura, todo su arte, absolutamente todo [...]. Compromiso por un lado; emigración o completa pasividad, por el otro; no parece haber otra elección. Si Chile tiene una importancia no menor en el mundo, es porque el combate entre las fuerzas marxistas y las antimarxistas, como al interior de los mismos grupos marxistas, se lleva a cabo en una sociedad abierta y no detrás de una cortina de hierro.

(Embajador D. H. T. Hildyard, 1973).

Este perceptivo informe, elaborado por el embajador de Gran Bretaña después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, es la contrapartida a la interpretación de que la crisis y caída de la “experiencia chilena” habría sido manipulada desde Washington. Esta última es la imagen que con persistencia se ha entregado sobre el desarrollo de los hechos en Chile a comienzos de los años setenta, tanto en la gran prensa como en

JOAQUÍN FERNANDOIS. Profesor de historia contemporánea, Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia.

Estudios Públicos, 92 (primavera 2003).

los debates políticos a lo largo y ancho del mundo. No es la idea que ha entregado una parte considerable de los estudios de uno u otro signo acerca de la Unidad Popular, pero es la noción que más ha penetrado en la opinión pública en muchas partes del mundo, y en cierta medida también en el mismo Chile. A raíz del trigésimo aniversario del 11 de septiembre de 1973, incluso la televisión chilena, en varios canales, envió el mismo mensaje, si atendemos a la semántica total del lenguaje televisivo: que la CIA (o genéricamente EE.UU.) tuvo un papel protagónico en la caída de la Unidad Popular.

Vidas y hechos paralelos

No es la primera vez en la historia de Chile que una imagen de este tipo intenta apoderarse irreversiblemente de “la memoria”. A la guerra civil de 1891 la persiguió la interpretación de que había sido provocada por la intervención de los capitalistas ingleses y por el consiguiente imperialismo inglés. En Chile es muy conocida la tesis de Hernán Ramírez Necochea, el tenaz historiador comunista, por años decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile¹. Hoy día son pocos los que defenderían una tesis como la sostenida por Hernán Ramírez, y la misma imagen de 1891 ha perdido fuerza en el Chile contemporáneo.

En su momento, esa historia ayudó a cimentar otra, la de la autopercepción de la izquierda, y particularmente en el mismo Salvador Allende, sobre su papel en los años de la Unidad Popular. Poca duda cabe acerca de cómo Allende construyó su estrategia personal y su imagen de paradigma heroico a partir de la figura del “Presidente mártir”. Su modelo fue siempre José Manuel Balmaceda, y se sentía no sólo el continuador de su obra, sino que aquel que la completaría. Por lo demás, en esto había una senda familiar, ya que su abuelo Ramón Allende Padín, médico y conocido periodista satírico e irreverente, había militado en el campo laicista. Fue también Serenísimo Gran Maestre de la Orden Masónica. Su padre, Salvador Allende Castro, fue partidario de Balmaceda y tuvo que pagar su cuota de vencido.

Hacia el 1900 Balmaceda ya era uno de los santos patrones de la izquierda del siglo XX, aunque es difícil que este líder liberal haya tenido mucho que ver con los postulados que se desarrollarían en el siglo. Curiosamente, a pesar de la consagración que de este tipo de interpretación efectuara Pablo Neruda en el *Canto General*, la figura de Balmaceda ha tenido un cierto eclipse en el lenguaje político de la izquierda actual, en sus

¹ Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891* (1969).

dos versiones Concertación y “antiglobalización”. Seguramente se debe al estrellato que alcanzó Allende y al gesto político, antes impensado, de su muerte.

Existió una larga “historia de Balmaceda” como víctima del imperialismo inglés. De lo mucho que se ha escrito acerca de este episodio, quizás lo más esclarecedor sea el relato del historiador inglés Harold Blakemore, que pocos se han dado la molestia de leer². Desde antes de 1970, Allende había hecho de la referencia a Balmaceda una mención obligada. Entre 1970 y 1973, se convirtió en “vida paralela”, especie de profecía autocumplida, como en el fondo consistió el camino hacia el extremismo político en los tres años de su gobierno. Aunque estaba la mano mora de Fidel Castro en la necesidad de un final heroico en el caso de sucumbir la empresa (así como de una consecuencia personal que muchos de sus enemigos ni sospechaban que mostraría), es de presumir que escogió como modelo la actitud de Balmaceda. Entremedio había otra experiencia en la vida de Allende, la de Pedro Aguirre Cerda ante una sublevación militar, llamada el “Ariostazo” (25 de agosto de 1939). En el momento de la amenaza, “dicen que dicen” que don Pedro dijo que sólo lo sacarían de La Moneda vestido con un “pijama de madera”. Esto habría impresionado profundamente a su joven Ministro de Salud, Salvador Allende.

Esta imagen tenía también el complemento de una lucha épica contra el enemigo foráneo. Con esto Allende se vinculaba por una parte con la tradición “antiimperialista” de esa izquierda que nace hacia 1900; y por la otra, con la herencia del “Chile patriótico”, que se había formado en su última y culminante etapa a raíz de la Guerra del Pacífico. Ésta fue una tendencia hacia una sensibilidad común en el siglo XX, el nacionalismo de izquierda, cooptado en Chile principalmente por el marxismo. Como EE.UU. ha sido una potencia hegemónica a lo largo del siglo XX, y Chile tuvo dificultades con ella en el siglo XIX, no es extraño que el “antinorteamericanismo” sea parte integral de este tipo de patriotismo. Y, por cierto, Washington ha tenido que ver con la política interna chilena desde 1940.

El “antiimperialismo” ayudaba, más que a combatir al “imperialismo”, a reunir poder en la política interna, desvelando al rival dentro de Chile como socio o marioneta del imperialismo. En 1891 las fuerzas antibalmacedistas no habrían sido más que los peones de una lucha del “capitalismo en su fase del imperialismo”, según rezaba la ortodoxia marxista. Esto se ve muy bien en el discurso final de Allende el 11 de septiembre de

² Harold Blakemore, *Gobierno Chileno y Salitre Inglés 1886-1896: Balmaceda y North* (1977; original, Londres 1974).

1973, de que el “capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las fuerzas armadas rompieran su tradición”³.

Gran parte de la política chilena en el siglo XX se guió por este supuesto, o por la crítica del mismo. En principio, esto no tiene nada de raro ni rechazable. Chile es parte de una historia mundial y la identidad política del país se ha construido a partir del patrimonio de ideas de la política moderna desde comienzos del siglo XIX. El país se mueve dentro de un campo de fuerzas de las que hay que estar consciente. Otra cosa es colocar el conocimiento de las cosas en la perspectiva de la instrumentalización ideológica. La pretensión de que existe un conocimiento puro “de los hechos”, más allá de la perspectiva ideológica, que pueda servir de instructivo para la acción del político o del responsable del Estado, lleva a la manipulación de la vida pública al servicio de ideas e ideologías no claramente expresas. Lo mismo vale para su aparente opuesto, subordinar la acción a una idea general a la que se supone provista de una visión tanto analítica como animada de fuerza para conducirnos al futuro.

Antiimperialismo y “conspiración”

El antiimperialismo, o “antinorteamericanismo”, ha sido un poderoso motor de la política latinoamericana, y de su visión de mundo. En Chile, *todas* las fuerzas y concepciones políticas han sido pro y antinorteamericanas en diversos momentos del siglo XX. *Todas* han pedido la intervención norteamericana, o lo que parece tal en un momento u otro. Claro que no al mismo tiempo. El comunismo chileno era pronorteamericano durante la Segunda Guerra Mundial (a partir del 22 de junio de 1941, el día del ataque nazi a la Unión Soviética). La izquierda chilena, incluyendo a los comunistas, desde fines de los setenta hasta fines de los ochenta pedía una suerte de intervención norteamericana ante el gobierno militar (intervención que por lo demás existía). La derecha mostró más de un rasgo “antiyanqui” en esos mismos años⁴.

El antiimperialismo ha sido un arma de recurrencia favorita en la política pública en América Latina. Le subyace la tesis de que EE.UU. es el principal culpable de los problemas generales de las sociedades al sur del río Grande. Ha sido El Dorado de las fuerzas contestatarias de la región, aunque tiene expresiones planetarias, en la medida en que EE.UU. se alzó

³ Citado en revista *Bicentenario*, 2, 2, 2003, p. 290.

⁴ Parte de estas ideas están desarrolladas en Joaquín Fernando, “¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría (1962-1973)” (1998).

como la potencia global en el curso del siglo XX⁵. Por cierto, es la emoción que domina toda “teoría de la conspiración” al momento de tomar posiciones no sólo ante las relaciones interamericanas, sino que ante cualquier tipo de diagnóstico de nuestras sociedades. Se cree hallar el hilo de la madeja que conduce al culpable, al titiritero arrellenado en un sillón de alguna gran ciudad norteamericana.

EE.UU. como sociedad ha sido un fenómeno único, no sólo en el sentido de que, como cualquier hecho histórico, sea único, irrepetible en su individualidad. Una gran potencia que habla un lenguaje moral y moralista que no se separa de la prosecución de sus intereses cotidianos, que muchas veces ha atraído y repelido al mismo tiempo y con los mismos actores, que juega un papel esencial en el mundo y que a la vez es una sociedad volcada sobre sí misma, cuya clase dirigente nunca ha sido manifiestamente educada para entender al mundo (salvo el hoy evanescente “Eastern establishment”, surgido a raíz de la Segunda Guerra Mundial). Como sucede con todo fenómeno de la historia, la sociedad norteamericana no puede ser entendida exclusivamente por las explicaciones que ella se da de sí misma. Parece obvio. Y tampoco se la puede entender como el hilo de una “conspiración” del tipo de la Revolución Rusa, como el resultado de la “conspiración judío-bolchevique” o, con un pequeño grado de verosimilitud por lo demás, de las maquinaciones del alto mando imperial de Alemania. Pero eso es lo que estos dos libros nos piden para entender la historia de Chile que gira en torno a la Unidad Popular.

La “teoría de la conspiración” surge de la inextingible necesidad humana de entregar explicaciones simples de hechos y procesos complejos. En sí, esto no tiene nada de malo. Si una buena explicación de una conducta o de una sucesión de hechos es no solamente sencilla sino que verosímil, se hace un aporte indudable al conocimiento. En la “teoría de la conspiración” las cosas se complican un poco más. A la simpleza, que puede ser noble, se le añade el sabor del misterio acerca del manipulador escondido en las sombras. Al simplismo se le agrega la suposición de una red compleja que se revela a través de la denuncia. Así se adquiere la connotación de la parábola contemporánea, que es casi igual a la imagería surgida del mundo de la comunicación de masas, los *media*, que han tenido su traducción más perfecta en la *soap opera*, en su versión de radionovela y después de telenovela.

Ante una realidad que nos parece asombrosa, siempre reaccionamos con un “¿qué habrá detrás?”. En parte morbosidad, en parte la renuncia a

⁵ Para una exposición reciente de este tema, Jean-Francois Revel, *La Obsesión Antiamericana. Dinámica, Causas e Incongruencias* (2003).

comprender y a hacerse cargo de la cuota de responsabilidad que a todos nos cae por el desarrollo de los hechos, la idea de la “teoría de la conspiración” constituye uno de los mitos políticos recurrentes más extendidos de la historia de la modernidad.

“Mito” aquí, evidentemente, no está tomado como manifestación de un saber arcaico, que expresa a manera de historia, o de parábola, una realidad profunda e insustituible de las cosas. Éste es el concepto que manejan, por ejemplo, los antropólogos. Por mito se entiende aquí como simple “cuento del tío”, la historieta facilona que sirve de atajo para la comprensión de las cosas. Es una narración que entrega la ilusión de totalidad y verdad; que al mostrar “como si” develara un fondo hasta ahora oculto, saca a luz una realidad hasta ahora presuntamente escondida.

Las historias de espionaje han sido una fuente inagotable de la “teoría de la conspiración”, y tienen todos los ingredientes para llegar a representar el status de mito. John Le Carré e Ian Fleming, con su famoso James Bond, son las versiones más complejas de este tipo de “cuento”. Pocas veces se acierta a pensar que el espionaje y su componente más peligroso, la “acción encubierta”, sólo muestran el eslabón más débil de la cadena. La actividad de inteligencia alcanza su verdadera dimensión cuando comienza a ser analizada. El análisis jamás se puede desvincular de categorías que se han elaborado a partir de información pública. Ésta es la razón de que no exista ninguna explicación de un hecho social de complejidad mínima y que pueda ser comprendido a partir de información confidencial, que tenga relación con la “teoría de la conspiración”.

Para entender la política de determinado país hacia otro, o cualquier relación entre sociedades, se deben poner en conexión varios ámbitos de la realidad. Existe un infantilismo latente en pensar que al encontrar el hilo conspirativo surge instantáneamente la explicación de los hechos, con autores y víctimas, sin dejar de mencionar una lección moralizadora. Si las cosas fuesen de esta manera, como en la “conspiración judía mundial”, no se entiende cómo podría haber un país o un régimen que se pueda haber resistido a los deseos de EE.UU. Si en Chile, con el gasto de 6,5 millones de dólares, se logró derribar al gobierno de Salvador Allende, con un GDP entonces de casi 10 mil millones de dólares de esa época, ¿por qué esto no se repetía en otras partes del mundo? ¿Era acaso la ingenuidad y espíritu democrático de los líderes de la Unidad Popular y la perfidia ilimitada de los de la oposición lo que permitió esta rentabilidad tan extraordinaria de la inversión?

Evidentemente, razonar de esta manera es completamente pueril; no lo es menos sostener que “la CIA derrocó a Allende”, o también que

EE.UU. no tuvo nada que ver; o que Cuba (e incluso la URSS) no tuvo nada que ver. Chile es parte de un sistema internacional; es parte de una “sociedad internacional” que hace que sus actores políticos puedan identificarse con fuerzas externas, que son vistas como parte del interés nacional, o de lo que se tiene por tal. Antes de seguir por esta ruta, que explica más que la “conspiración”, veamos de qué se tratan estos dos libros.

Los autores y su obra

En primer lugar está la trayectoria de sus autores, Peter Kornbluh y Patricia Verdugo. El primero es conocido dentro de Chile en un círculo de especialistas y de ONG dedicadas a derechos humanos. En 15 años de labor ha creado los “National Security Archives”, destinados a revelar las causas oscuras de la política exterior norteamericana de las últimas décadas. Aunque Nixon es el principal villano de la escena, otros, de antes y de después, no se escapan de la lupa de este investigador. Difícilmente se podría decir de Kornbluh que es un estudioso. Revisando su carrera y este libro, al que se ha añadido este año otro sobre la política de Washington en los años de Pinochet, se ve rápidamente que es un autor que sigue una emoción, la de censurar y denunciar la política exterior de EE.UU. como inmoral.

En este sentido, Kornbluh pertenece a una antigua tradición de radical y amarga autocrítica dentro de EE. UU., en donde desde los cincuenta se empezó a formar un ambiente de crítica que tenía como objetivo la política exterior del “consenso anticomunista”, traducida en la “contención”. El liberalismo anticomunista, que impregnó a un amplio sector del *establishment* demócrata en esos años, se fue evaporando, y las cosas se fueron precipitando por la situación engendrada alrededor de la guerra de Vietnam. Desde entonces, la crítica a la sociedad norteamericana, una causa a la que no han faltado ni faltan temas (ni su cierta justificación), pasa por la denuncia de su política exterior. Kornbluh es un típico producto de este proceso, que ve sólo culpas en la política de EE. UU. después de 1945.

Al dar vuelta las páginas del libro, el lector se dará cuenta de que no existe ni la menor evaluación de la literatura que se ha escrito sobre el tema. Es como si corroborara tácitamente la declaración de guerra de Susan Sontag, *Contra la Interpretación*, de que lo que se ha dicho sobre un hecho puede servir de cortapisas a una mirada desinhibida sobre ese hecho (recomendación que el mismo libro de doña Susan desmiente). Para Kornbluh, nada de lo que se haya escrito sobre Chile, y particularmente sobre la política norteamericana al respecto, tiene mayor validez. No existe una

historia intelectual de la que haya que hacerse cargo. Escribe su libro casi como si la documentación hubiera sido publicada recién anteayer, y él la revela para apuntar a la perfidia de Washington.

En realidad, el libro de Kornbluh no tiene una tesis explícita. Desde el principio hasta el final desarrolla su tesis según el principio de “dejar hablar a las fuentes”, pero en el fondo organizándolas para mostrar que todo lo que sucedió en Chile fue obra del gobierno de Nixon y Kissinger, utilizando a la CIA como instrumento. Lo que más se acerca a una tesis es lo que dice al final: que “la historia de los esfuerzos de Estados Unidos por abatir la democracia chilena y su apoyo a la consolidación de la dictadura de Pinochet continúan penando” (p. 131). El autor tiene una técnica de insinuación de la que el lector desprevenido no podrá evadirse, aunque él mismo es cuidadoso al momento de formular una idea. No es por la prudencia del analista, sino porque, según las apariencias, cree que estudiar la realidad no es una actividad problemática, sino sencilla, como cosa de acertar con la punta del hilo y llegar a la madeja toda.

Patricia Verdugo es una autora de un calibre diferente. Es una periodista exitosa desde la publicación de su libro *Los Zarpazos del Puma* en 1989, que trató sobre la comitiva del general Arellano en octubre de 1973. Su vida experimentó una transformación irrevocable a raíz del asesinato de su padre por parte de un escuadrón de seguridad en 1975⁶. Las motivaciones de este hecho no fueron claramente políticas, lo que lo hizo más alevo-so y destacó más el carácter criminal del mismo. Esto le ha añadido un dramatismo verosímil a su empeño por denunciar los excesos y la criminalidad común y corriente que se llegó a dar en algunos de esos órganos. Le ha otorgado también fuerza moral a su escritura.

Todo ello no quita que cada obra debe ser analizada de acuerdo a sus méritos. En las ya mencionadas existe un testimonio en gran medida convincente de acuerdo con las categorías del “periodismo-denuncia”, aunque son bastante poco decidoras al momento de relacionar esos hechos con un todo mayor. En el presente caso, se trata de un libro de cortos alcances, de “periodismo” en el mal (y muchas veces injusto) sentido de la palabra: superficial, adolece de falta de conocimiento histórico y político, de carencia de madurez analítica. Mezcla los hechos y transforma, por ejemplo, algunos elementos biográficos de Allende con la historia principal que quiere narrar, la de la política norteamericana hacia Chile, de manera que resulta una hagiografía del Presidente. Resulta la clásica historia edificante entre el bien y el mal, sin mayor peso intelectual ni plástico.

⁶ Es el tema de su libro *Bucarest 187* (1999).

Mientras que Kornbluh asume la historia a partir de los documentos —no gran cosa—, Patricia Verdugo hace una combinación con todo tipo de hechos, pero no en una síntesis histórica del período, sino en mezcla y mezcolanza de hechos y supuestos. Ninguno de los dos se molesta en hacer referencia a estudios sobre el período ni en incorporar esos argumentos. En ninguno de los libros se habla de Paul Sigmund y Mark Falcoff, que probablemente son los norteamericanos que más han trabajado el tema de la política norteamericana hacia Chile, en base este tipo de documentación⁷.

Es cierto que algunas de las afirmaciones que se sostienen aquí pueden ser perfectamente discutibles, por el simple hecho de que el conocimiento de este tipo de sucesos, como el de cualquier tipo de realidad humana, siempre va a ser discutible. En la historia e historieta que los autores cuentan no ingresa nada que pueda romper el cuadro de una investigación policial perfecta, que supuestamente descubrió cada una de las felónías de los autores.

Los dos libros tienen otra cosa en común. Siguen una concepción norteamericano-céntrica de los hechos mundiales. Todo se fragua y se ejecuta en y desde Washington. No existen otras historias que tengan sentido, salvo hermosas rebeliones como la que habrían protagonizado Allende y la Unidad Popular. Esto está más marcado todavía en Kornbluh, para quien seguramente, sin proponérselo y sin siquiera estar consciente, los chilenos son marionetas de Washington hasta un punto en que no se entiende cómo pudo emerger Allende. Ambos autores apuntan al apoyo inicial de la administración Nixon al gobierno militar, pero ni se les ocurre mencionar todo el tira y afloja entre los dos gobiernos desde 1977 en adelante. De hecho, a partir de comienzos de 1975, Washington comenzó a mirar a Pinochet como una *liability*, aunque no era mucho lo que podía hacer. Este tema cruzará las relaciones entre ambos países hasta 1989, y es todo un capítulo bastante fascinante y lleno de ironías de la historia. Claro, adentrarse en esto habría destrozado el cuadro presentado en el libro. Habría llevado a plantearse las típicas complicaciones que al historiador no le permiten entregar un cuadro en blanco o negro.

No tiene nada de extraño esta percepción de omnipotencia que sostienen los autores —Kornbluh particularmente— sobre Estados Unidos. Este país ha llegado a ser un fenómeno tan extraordinario de la historia moderna, que una vez incorporado a la conciencia mundial en el siglo XX,

⁷ Mark Falcoff, *Modern Chile. A Critical History* (1989); Paul E. Sigmund, *The United States and Democracy in Chile* (1993). Menos podría el autor de estas líneas pedir que se refieran a Joaquín Fernandois, *Chile y el Mundo 1970-1973. La Política Exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el Sistema Internacional* (1985).

no ha dejado de provocar asombro y de ser percibido como amenaza, y no sólo por sectores “progresistas”. Se ha asociado a los Estados Unidos a un poder sin límites, y esto naturalmente tenía que provocar reacciones de desconfianza. A la vez, las grandes masas (y no sólo ellas) en todo el globo han absorbido con gran euforia ese producto destacado de la sociedad norteamericana que es la cultura de masas; esto le ha dado la cualidad de “paradigma”, aunque no siempre confesado, pero muchas veces afirmado por una parte tácita de la conciencia y negado por la expresión vehemente. Lo que ha logrado EE.UU. como potencia prometeica es también lo que produce envidia ruin y razonable desconfianza.

En América Latina esto ha dado a luz lo que se llama la relación de “amor-odio” hacia EE.UU. En sí puede ser una respuesta razonable. La actitud básica de un hombre civilizado debería responder a un patrón de discriminación, de poder distinguir aquellos atributos que consideramos positivos en una sociedad y ser capaz de evitar esos resultados o las influencias que podamos identificar como nocivas.

Sólo que en el caso latinoamericano, la reacción antinorteamericana refleja demasiado a menudo la frustración por la propia mediocridad de su civilización política, quizás el núcleo del “subdesarrollo” del mundo iberoamericano. Más grave, el antinorteamericanismo no es sólo reflejo de un sentimiento de fracaso histórico, sino que es también *una* de sus causas. Opera como excusa fácil tanto para proponer políticas demagógicas como para abdicar de toda política, ya que “los gringos tienen la sartén por el mango”. En Chile, que en el fondo no ha sido el país más afectado por esta verdadera epidemia, se podría dar cátedra con ejemplos extraídos de la historia del cobre, de que nuestro subdesarrollo se debía a que se nos “avivaban” con las ganancias; o de la historia del “subsidio”⁸. Este último era el supuesto de la política chilena de que los recursos para inversiones para equilibrar el presupuesto fiscal debían provenir de EE.UU. Había que “recuperar” lo que EE.UU., o el “imperialismo”, se robaba de Chile.

En esta mentalidad se reflejan varios supuestos. Sobre ellos flota la “idea madre” de la omnipotencia de EE.UU. Bajo ésta se combina la idea de la “conspiración” junto con la renuncia a toda responsabilidad de que el “subdesarrollo”, y en general los problemas fundamentales de nuestros países, no puedan ser explicados sino como resultado de “intervenciones foráneas”, el “imperialismo” y la “globalización”. Con ese poder supuestamente omnipotente, ¿no pudiera a los norteamericanos ocurrírseles ayudar a

⁸ Sobre el subsidio y el cobre, véase Joaquín Fermandois, “El Sistema Corfo y la Época del ‘Subsidio’ en Chile, 1939-1973” (2002), y “La Larga Marcha a la Nacionalización: El Cobre en Chile, 1945-1971” (2001).

estos países a “desarrollarse” y así poder tenerlos como aliados en intereses y sin envidia, como a los europeos, aliados seguros aunque envidiosos y “peladores” de Washington? Pero no, esto no puede decirse. Primero, porque destruye el otro supuesto, de que EE.UU. se aprovecha de nuestras necesidades y emplea nuestras riquezas. Segundo, si Washington quisiera hacer esto y no lo pudiese llevar a cabo, asomaría la idea de que quizás no es tan omnipotente y que todos los males no pueden provenir de EE.UU.

A veces, la idea de la omnipotencia de EE.UU. les viene a los mismos críticos de Washington. El caso de Kornbluh es bastante ejemplar en este sentido. Existe una tradición de autoinculpación, de sentido de pecado probablemente de raíz protestante pero que impregna a la cultura toda de la sociedad norteamericana. Espada de doble filo, es camino a la hipocresía o a un sentimiento neurótico de culpabilidad que se resuelve en accesos de ejercicio arbitrario de la contrición o del poder. Es uno de sus filos. Existe el otro filo, que hace que la libertad tenga crítica y autocrítica, fundamento del Estado de derecho y de los “límites del poder”, uno de los pilares de la democracia norteamericana.

Paradoja mayor, la idea de omnipotencia a veces penetra la acción del poder en Washington. Lo estamos presenciando en el caso de Irak, donde no hay que dudar de que los “neoconservadores”, *neocons*, como se les ha llamado genéricamente, tengan su cuota de sinceridad en creer que EE.UU. “lo puede todo” y está dispuesto a pagar cualquier precio por “defender la libertad”, como lo expresara con tanta fuerza John F. Kennedy hace poco más de cuarenta años.

Entonces no es raro que en la propia documentación interna de responsables norteamericanos emerja la percepción de que con voluntad y arrojo “norteamericanos” se puedan emprender las empresas más temerarias. Y tener éxito en ellas. Como toda gran potencia y toda sociedad que ha llegado a ser admirada (u odiada) como modelo, desarrolla una noción muy alta de su propia importancia, incluyendo la creencia en su propia infalibilidad. Existe algo adolescente en la mirada que desarrollan muchos dirigentes norteamericanos al momento de mirar hacia el mundo. La documentación que citan Kornbluh y Patricia Verdugo refleja esa mirada. Aunque si hubieran mostrado una pizca de sutileza habrían encontrado el “revés de la trama”.

Pero aquí entramos al tema de fondo de este artículo. Nos concentraremos en dos aspectos que ayudan a comprender los hechos: los documentos acerca del intento de Washington de impedir el acceso de Allende a La Moneda, y aquellos que muestran el apoyo a los opositores a la Unidad

Popular en los tres años siguientes. Antes de ello, ¿son tan sensacionales estos documentos como lo hace creer la propaganda que acompaña la promoción de estos libros? Los autores hacen mucho uso de las palabras “documento” y “desclasificación”, como si la historia escrita fuera mera copia o parafraseo de documentos.

Desde luego, todo lo que citan, así como los miles de páginas realmente desclasificadas estos últimos diez años, no agregan en lo básico un ápice a lo que ya se conocía. ¿Qué era esto último? Esto era tanto el informe de la Comisión Church como los *hearings* acerca de Chile y la totalidad de los documentos publicados de la ITT, que sumados son bastante más que lo que a su vez fue dado a conocer en 1972 por Jack Anderson y por el gobierno chileno. En síntesis, toda esta documentación suma unas dos mil páginas. Muy pocos (o casi nadie) en Chile y unas pocas docenas en EE.UU. leyeron todos estos documentos a partir de 1975, cuando se publicaron.

Los miles de páginas, en que están borrados los nombres de la mayoría de las personas que aparecen, ¿dicen algo más? Es mi convicción que prácticamente no añaden nada. Desde luego no por lo que los autores “revelan” en sus libros, que sólo podrán impresionar al que únicamente sabe de oídas estas cosas. Marginalmente algo tienen de novedad, pero no llegan a modificar el cuadro entregado por autores que estudiaron el material en profundidad. A lo sumo, en algunos aspectos ayudan a *completar* el cuadro, pero no a modificar el juicio.

De nuevo se pueden apuntar unos modestos ejemplos. Para el período que va de la elección el 4 de septiembre al cambio de mando el 3 de noviembre de 1970, podrían indicar que la Casa Blanca siguió con los planes de promover un golpe después del 15 de octubre. Lo afirmado por el gobierno norteamericano, y varias veces reiterado por Henry Kissinger, es que después de esa fecha se acabaron los esfuerzos por impedir el acceso de Allende a la presidencia.

(Los norteamericanos, Kissinger para empezar, insisten en que sólo lo veían como un medio para posibilitar una nueva elección en la que se pudiera presentar Eduardo Frei. Pocos creen que esto haya sido así, y aquí por cierto comparto la opinión de los autores: lo que querían era impedir el acceso de Allende incluso por medio de una intervención militar.)

Kornbluh cita varios documentos que muestran como esta política siguió hasta el 22 de octubre, el día del atentado contra Schneider, aunque no son lo bastante convincentes como para demostrar que no son el producto de la inercia de los grupos de inteligencia, a los que las órdenes no les pueden llegar de manera instantánea. Parece que estaban “al aguaite”, por si

acaso resultaba una intentona. También muestra algo que ya se insinuaba en la documentación abierta en 1975, que los norteamericanos —de la CIA— estaban muy seguros de que Frei simpatizaba con la idea de ser depuesto por un golpe. Si Frei estaba realmente al tanto y apoyaba la idea, es una conclusión a la que no se puede arribar sólo a partir de lo que dicen estos documentos. (“El gobierno de los EE.UU. comparte la opinión de Frei, que considera la solución militar como la única opción”, Kornbluh, p. 144.) Todo lo demás no es más que especulación, inteligente o torpe.

Lo nuevo que citan estos libros para los tres años de la Unidad Popular, básicamente lo importante, está en Kornbluh, ya que Patricia Verdugo sólo hace una historia (o historieta) sensacionalista al hilo de la documentación; por cierto, es un cuento entretenido. Quizás se amplía el rumor, que recogían los norteamericanos, de que el general Pinochet era contrario a la Unidad Popular, y que quizás podría encabezar un golpe, aunque no se le encontrara capacitado para ello.

Track I y Track II, la “conspiración”

Estos nombres fueron los que, en 1974 y 1975, los miembros de la Comisión Church le dieron a la política norteamericana hacia Chile entre el 5 de septiembre y el 22 de octubre de 1970. Ella era parte de una política emprendida desde al menos 1962 para impedir la instalación de un gobierno marxista en Chile; de hecho, ya en 1940 EE.UU. había comenzado a financiar a algunos grupos políticos, entonces a todos aquellos de coloración antinazi. Era una demostración de que la política interna chilena se consideraba de interés para la seguridad norteamericana. La Democracia Cristiana también recibía ayuda de sus análogas europeas. Por otro lado, como lo han hecho ver los trabajos de Olga Uliánova publicados en esta revista, la URSS comenzó a financiar actividades del Partido Comunista al menos desde mediados de los cincuenta⁹. Ya en la segunda mitad de los sesenta la Cuba de Castro entrenaba a jóvenes chilenos, ardorosos partidarios de la revolución armada, para cumplir la tarea correspondiente en algún momento del desarrollo chileno¹⁰.

⁹ Arturo Fontaine, “Estados Unidos y la Unión Soviética en Chile”; y Olga Uliánova y Eugenia Fediakova, “Algunos Aspectos de la Ayuda Financiera del PC de la URSS al Comunismo Chileno durante la Guerra Fría”, ambos en *Estudios Públicos*, 72, primavera de 1998. También, Olga Uliánova, “La Unidad Popular y el Golpe Militar en Chile: Percepciones y Análisis Soviéticos” (2000).

¹⁰ Cristián Pérez, “Salvador Allende, Apuntes sobre su Dispositivo de Seguridad: El Grupo de Amigos Personales (GAP)” (2000).

Chile era parte de la Guerra Fría, por el juego de actores externo. También lo era porque la gran cuestión de la política mundial, ¿hacia donde debía marchar el país?, era el problema crucial en torno al cual se organizaba la política chilena. Esto llegaría a su punto máximo cuando el país ensaya un cambio de identidad con el gobierno de la Unidad Popular. Después ensayaría otro. ¿El resultado final que se vio en la década de los noventa? Algo no muy diferente si se hubieran ensayado algunas meras reformas entre los cincuenta y los sesenta. En fin, ése no es el tema aquí.

El punto a tratar es qué significa y qué importancia tuvo la participación norteamericana. Creemos que en la primera etapa, en los llamados Track I y II, de septiembre y octubre de 1970, fue un elemento marginal del desarrollo de los hechos. En cambio, después, la importancia del financiamiento fue mayor, pero *no* decisiva ni mucho menos, aunque hay que reconocer que todo esto es asunto de ponderación. En todo caso, no es la cosa simple y ramplona de presentar documentos.

Antes de seguir avanzando, todo esto de la ayuda ofrecida por los norteamericanos y soviéticos, ¿es inmoral, amoral o moral? Me temo que la respuesta no es clara. En un sistema político en el cual las reglas del juego son asumidas a partir de la legitimidad del mismo, el solicitar ayuda externa podría ser visto como “traición” a la patria, a la democracia, al contrato político tácito que se establece entre ciudadanos. Mas si la política se convierte en una guerra en que al adversario en un momento dado se le privará de la posibilidad de defender sus derechos e intereses, ¿no se convierte en legítimo para uno de ellos, o para los dos, apelar a una ayuda “externa”? Los opositores a la Unidad Popular creían esto entre 1970 y 1973; sus partidarios creyeron lo mismo a partir del 11 de septiembre; además estos últimos estaban sometidos a una “guerra” de verdad. También, la Unidad Popular creía en otro tipo de legitimidad que la de la democracia representativa, y sus opositores creían que les “pasaban gato por liebre” cuando Allende y los líderes de izquierda hablaban de “lealtad constitucional”.

Todo esto confluyó para crear los hechos que aquí se comentan, después del triunfo sorpresivo (para sus rivales) de Allende el 4 de septiembre de 1970. Para la gran mayoría de aquellos que no votaron por Allende, el triunfo de éste tuvo la fuerza de un impacto paralizante y hasta aterrador, al menos de zozobra. La victoria de Allende fue muy estrecha, incluso obtuvo menos votos porcentuales que en 1964. Había ganado por los mismos votos con que perdió en 1958 frente a Jorge Alessandri, y la tradición ordenaba que el Congreso, al elegir entre las dos primeras mayorías, escogiera a la primera mayoría relativa, aunque siempre había habido algún tipo

de negociación. Cualquiera otra estrategia habría necesitado de una coordinación política entre la candidatura Alessandri, La Moneda y la Democracia Cristiana. Era altamente improbable que esto hubiera llegado a suceder.

En un hecho increíble, pero revelador de las debilidades políticas de la derecha, la noche del 4 de septiembre Alessandri y la gente que lo representaba se fueron a dormir sin dar una explicación al menos a sus electores, que estaban tan paralogizados como ellos. Los días que permanecieron callados fueron decisivos para hacer entrar en la mente de muchos que el triunfo de Allende era irreversible, como de hecho lo era.

Frei parecía estar aturdido y, a juzgar por las fotos de la época y por algo que ha trascendido, estaba fuertemente impresionado y quizás al borde de una depresión. No se engañaba sobre la situación que viviría el país con la Unidad Popular consolidada en el poder. La derecha apoyaba cualquier fórmula, incluyendo la posibilidad de elegir a Alessandri en el Congreso, para que éste luego renunciara, abriendo paso a una nueva elección en la que Frei, se suponía, saldría elegido. Hubiera sido un “golpe blanco” que habría abierto las compuertas a una confrontación tan grave como la de 1972-1973. En todo caso, al revés de lo que muestran tantas interpretaciones de la “estrategia golpista” de la derecha, lo que más mostraba ésta era el aturdimiento y la “renuncia a la política”; quizás aquí está la huella de un profundo autoritarismo, aunque sea una enfermedad que de una manera diferente también aquejaba a las otras fuerzas políticas en Chile.

Quizás una mayoría del liderato demócratacristiano aborrecía el triunfo marxista tanto como lo aborrecía la derecha; con seguridad lo hacía la mayoría de su electorado. Pero los dados estaban echados. Una parte considerable de sus parlamentarios no estaba dispuesta a entrar en el juego resbaladizo de elegir a Alessandri, y otra era capaz de votar por Allende antes que “entregarle el voto a la derecha”.

En las fuerzas armadas la reacción era más mixta que en cualquier otro estamento. Toda su *Weltanschauung*, su visión de mundo y su dinámica eran principalmente antimarxista: *principalmente, pero no exclusivamente*. Y en su fuero interno lo que *no* era necesariamente antimarxismo podía pesar tanto como éste. La emoción principal que los dominaba era “asunto de los paisa” (“paisanos” en lenguaje militar, es decir, civiles), dicho con un dejo despectivo, reflejo de la indiferencia que los uniformados creían a veces percibir en los demás. Reflejaba ese vínculo real con el orden institucional, aunque de una manera de sentirse separado, aislado, en un plano ligeramente superior, y a la vez experimentando una discriminación negativa.

El estado de ánimo no revelaba gran respeto por las instituciones políticas chilenas en sí, sino que acentuaba la costumbre y la diferencia de

funciones. ¿Era una falencia? Sí, aunque un análisis de la lealtad constitucional de casi todos los actores políticos revelaría problemas similares. Por cierto, estos sentimientos no estaban homogéneamente repartidos en el cuerpo de oficiales, y no faltaban aquellos que ponían el antimarxismo por sobre los demás sentimientos.

Es cierto que no se puede olvidar que había otra línea. Desde 1967 se había visto un proceso de malestar en las filas, que estalló en el “tacnazo”, el 21 de octubre de 1969. Todavía no alcanzaba a crear una “cultura golpista”, pero no se podía decir que las cosas estaban como a comienzos de los sesenta.

Y ¿cuál era la actitud de Eduardo Frei? Siempre tuvo algo de esfin-ge; una cuota de ella es siempre necesaria al estadista. Poco o nada traslu-ció de una actitud concreta; lo poco: que estaba conmocionado por el triunfo de Allende y pensaba que éste no podría contener el avance de los partidos marxistas hacia una confrontación, que en su opinión el país mar-cha hacia una catástrofe y que ordenó colaborar con un equipo de transi-ción de la Unidad Popular. Por otro lado, no desautorizó pública y clara-mente la “fórmula Alessandri” (su elección por el Congreso, luego su renuncia y nueva elección en que pudiese participar Frei). Más importante, hasta el 22 de octubre no movilizó el aparato de seguridad para detener el mundo conspirativo dentro y fuera de las fuerzas armadas y de orden; no se dirigió expresamente al cuerpo de altos oficiales para aconsejar “el camino constitucional” como la mejor manera de defender a la democracia y evitar una toma de poder total por parte de la coalición marxista, temor real en ese entonces y núcleo de la confrontación posterior. Frei, al igual que Alessan-dri, no parecía ser capaz de diseñar una estrategia en esos meses. Como que se encerró en sí mismo.

(Quizás, y esto es especulación mía, tenía en su mente el recuerdo de medio siglo antes, cuando en 1924 una junta militar exilió a Arturo Ales-sandri, y éste retornó en gloria y majestad al año siguiente. Quizás no le molestara ser depuesto por un golpe, y él después rescataría la democracia. ¿Habrá tomado en cuenta también que en ese entonces hizo su aparición el típico caudillo militar con ambiciones políticas, Carlos Ibáñez, que se que-dó con el poder?)

Gente de la derecha ha asegurado que la declaración de Alessandri del 9 de septiembre, que abría la posibilidad de ser elegido y renunciar, un juego peligrosísimo, fue consultada antes con Frei. Aun cuando no haya sido así, era evidente el entendimiento tácito, aunque también es probable que Frei no hubiese dicho nunca nada explícito. Ése era su carácter. Y quizás los mismos norteamericanos sólo suponían que ésa era la opinión de

Frei, o lo sabían a través de interpósitas personas. En la entrevista que se le hizo en el Centro de Estudios Públicos en 1997, Edward Korry (embajador norteamericano en Chile entre 1967 y 1971) fue enfático en sostener que en ese período prácticamente no vio a Frei, y que cuando estuvo con él no hablaron sobre la situación¹¹.

Es difícil creer estas afirmaciones. Eduardo Frei era venerado por la mayoría de los norteamericanos que tenían que ver con Chile. De la política chilena, su gobierno y los demócratacristianos en general eran los que más podían ser comprendidos por la cultura política norteamericana. Sería como para pensar que todavía existe un “pacto del silencio” respecto a si hubo algún tipo de comunicación directa con Frei sobre este tema. Además, es de presumir que Frei no iba a llegar y decirles a los norteamericanos qué era lo que pensaba.

Los aprestos para organizar un levantamiento militar, que los norteamericanos *también* apoyaban, tuvieron una penosa preparación, pues sencillamente entre los uniformados el entusiasmo para tal empresa era bastante tibio, o provocaba aversión, aunque, salvo en un puñado de oficiales, no había tampoco ninguna simpatía ni mucha esperanza en la Unidad Popular. Lo que se preparó, por parte de una coalición integrada por algunos generales, el más prominente de ellos el comandante en jefe de la guarnición de Santiago, general de división Camilo Valenzuela (pero que incluía en cierto grado a la cabeza de la Armada, almirante Hugo Tirado), y un grupo de civiles y militares retirados, era una maniobra complicada: descabezar al Ejército mediante el secuestro de su Comandante en Jefe, René Schneider, y que Frei nombrara un gabinete militar. Después las cosas saldrían automáticamente, se suponía. Huele a empresa temeraria, y por los mismos documentos de la CIA se ve que no era segura la coordinación entre ellos.

De los mismos documentos citados por Kornbluh y Patricia Verdugo se desprenden dos impresiones claras. Por una parte, lo inseguro y azaroso de la organización de un golpe. Y esto no era porque muchos jefes militares y líderes civiles hayan exclamado: “¡No haremos esto porque es inconstitucional!”. No, se trataba de otra cosa. Creían ver el peligro irreversible al que se podía arrastrar el país si se consolidaba un régimen marxista. Eran muy pocos los que sostenían que “la democracia salva a la democracia”. Muchos comenzaban a decir que a lo mejor “el Chicho (Allende) no era tan malo” y que quizás quería que lo salvaran de los partidos que lo acompañaban; que lo mismo se había dicho de Aguirre Cerda y de González Videla, y que al final no pasó nada. Otro núcleo importante, que giraba espe-

¹¹ Edward M. Korry, Joaquín Fernandois, Arturo Fontaine Talavera, “El Embajador Edward M. Korry en el CEP” (1998).

cialmente en torno a una sensibilidad democratacristiana, sin dejar de desconfiar en la Unidad Popular, sostenía que como de todas maneras se necesitaba “cambiar las estructuras” y una cuota de socialismo era inevitable y necesaria (y muy buena), había que apoyar hasta donde se pudiera al futuro gobierno de Allende.

Por cierto, en torno a la conspiración o, más verosíblemente, las varias conspiraciones más o menos caóticas en marcha, se daba el tipo humano que combinaba la pasión ideológica antidemocrática (o desesperanzada de la democracia, que no es lo mismo) con el aventurerismo profesional, que explica la tragedia en que desembocó.

En resumen, había un desgano evidente en embarcarse en un golpe de Estado, lo que aparece prístino en los documentos mencionados por ambos autores, Patricia Verdugo y Kornbluh, pero que es una perspectiva que está más allá de su percepción intelectual. Esta carencia de “clima” para una intentona es lo que hizo que los esfuerzos de la CIA se empantantaran del todo. Es cierto que estos diversos grupos estuvieron en contacto tanto con miembros de la embajada norteamericana, que a la vez en esta ocasión estaban a las órdenes de la CIA, como con agentes de esta agencia que llegaron al país fuera del sistema de la embajada. Es interesante el hecho de que, por ejemplo, para estos grupos —los de Viaux y Camilo Valenzuela— era importante saber que EE.UU. apoyaría su acción, y que incluso los indemnizaría si las cosas salían mal, al menos al tenor de lo que algo crípticamente señalan los documentos.

Pero no eran criaturas de la CIA ni mucho menos. Esta agencia recibió órdenes de crear caos, pero no pudo hacer nada, salvo constatar el estado de zozobra de muchos chilenos. Al tenor de los mismos informes, los agentes revelaban su impotencia porque nada podían hacer. En el libro de Kornbluh se hace difícil recurrir al documento, ya que cita frases textuales, entre comillas, sin referencias claras, como en el caso del presunto gran involucramiento de Frei (p. 39). Cuando los fondos norteamericanos comenzaron a arribar a Chile, a fines de septiembre de 1970, ya las cosas en lo fundamental estaban decididas. Un informe típico de los agentes de la CIA en Chile en esa época es:

Existe ahora el rumor de un posible golpe y que requiere la autorización de Frei para tomar los siguientes pasos: 1) Renuncia del gabinete. 2) Creación de un nuevo gabinete constituido totalmente por figuras militares. 3) Nombramiento por Frei de un Presidente interino. 4) Frei debe abandonar el país (p. 142).

El carácter especulativo del texto es bastante típico de este tipo de informes. Asombra que ellos pudieron ser la base de esperanzas reales de la

Casa Blanca. La verdad es que los agentes de la CIA, que muchas veces parecían repetir sólo rumores, “copuchas”, y enviar información con errores completamente factuales, otras veces estaban bastante al tanto de la situación.

Nueva información, no citada por estos autores, muestra cómo el mismo embajador Korry estaba harto de llevar a cabo una política en base a *wishful thinking* e información pintoresca. El 6 de octubre envió un cable a Washington diciendo que “deberíamos cesar de comprobar todos esos informes y estar preparados para ser sorprendidos completamente por cualquier acción que emprendan las fuerzas armadas [...]. Por ello, estoy dando instrucciones [a la CIA en Chile] de desistirse de todo esfuerzo normal por obtener información acerca de posibles movimientos militares”¹². Claro, los agentes en Chile debían seguir al pie de la letra las órdenes de la Casa Blanca, donde aparentemente se creía que en Chile se podía hacer cualquier cosa, crear un caos económico o sobornar al Congreso. En cuanto a lo primero, la elección de Allende produjo un *shock* muy comprensible, aunque el caos fue aventado; respecto a lo segundo, aunque sin creer angelitos a la totalidad de los senadores y diputados, el mismo desarrollo de los hechos mostraba que las cosas no eran tan simples.

La falta de perspicacia intelectual o la adhesión monomaniaca a un “cuento” hace que los autores no comprendan la ironía desesperada de los agentes de la CIA en Santiago, que veían que a lo sumo se podría crear una situación peligrosa para todos, como se ve en este cable del 10 de octubre que envían a la sede en Langley:

1. La Estación ha arribado a la solución de Viaux por un proceso de eliminación: a) No se puede alcanzar la solución del alto mando. b) No se puede alcanzar la solución de Frei [se refiere a la “fórmula Alessandri”]. c) [En cuanto a] la solución de los comandantes de regimiento [se puede suponer que se refiere a jefes militares de zonas], la Estación carece de poder para conseguir que esos comandantes dejen de obedecer instintivamente a las directivas del alto mando.
2. En estas condiciones, ¿qué puede lograr Viaux? Puede dividir a las fuerzas armadas [...]; los indecisos [“*fencesitters*”] mirarán los vaivenes de la batalla antes de tomar partido. La carnicería sería considerable y prolongada, esto es, una guerra civil. En las mejores circunstancias, las fuerzas armadas se pronunciarán y crearán una situación impredecible.
5. Todo esto que se ha enumerado no pretende ser una lista exhaustiva de todos los factores clave que deberían tener un peso en su

¹² Citado en Kristian C. Gustafson, “The Dangeorus Second Track. The CIA in Chile and the Assassination of General Schneider”, *Studies in Intelligence*, 47, 1, 2003.

decisión final. Usted nos ha pedido que provoquemos el caos en Chile. Por medio de Viaux lo proveemos a usted con la fórmula para un caos que es muy improbable que sea sin derramamiento de sangre. Será imposible disimular la participación norteamericana. El equipo de la Estación [en Chile] consideró muy seriamente todos los planes sugeridos por la contraparte en el Cuartel General. Concluimos que ninguno de ellos tiene ni la más remota posibilidad de alcanzar el objetivo [del gobierno norteamericano]. De aquí que la carta de Viaux, a pesar de todos su factores riesgosos, debe ser considerada por usted [*may comment itself to you*]¹³.

Es efectivamente un documento extraordinario, que los autores no sólo citan parcialmente sino que se les escapa su ironía sutil. Los agentes en Chile se notan desesperados porque no pueden controlar los eventos. Ya con los informes de la Comisión Church se podía concluir lo mismo. La historia de esos sesenta días es un ejemplo de impotencia norteamericana, al menos si ésta se entiende como si Washington pudiese manipular los acontecimientos.

Todo esto tiene un colofón algo macabro. Cuando el 22 de octubre Schneider es herido en el intento de secuestro (muere tres días después), los agentes en Chile creían que se estaba desarrollando el golpe, ya que en las nuevas condiciones efectivamente el general Camilo Valenzuela era el jefe de plaza. “Parece que el grupo de Valenzuela usará este incidente (sic) como pretexto para iniciar un golpe” (Kornbluh, p. 161).

Ingenuidad patética. El que Schneider fuera herido de gravedad mató de raíz todo golpe potencial. Además, Frei ordenó una operación para detener a la brevedad a todos los comprometidos, quedando claros los hilos del complot. El país, horrorizado, sintió que algo irrevocable había sucedido; junto con el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic ocho meses después, marcó el fin de la república tranquila que había sido, se creía, la marca del país. En todo caso, no puede haber mayor prueba de lo incontralable que resultaban los hechos para sus presuntos manipuladores desde Washington.

El factor internacional en la guerra civil política 1970-1973

Chile no ha sido jamás una isla. Nació a la vida como consecuencia de la expansión europea del 1500. Nació a la vida republicana como consecuencia del ciclo de creación de la política moderna entre los siglos XVIII y XIX. En el siglo XX ha sido el país de formas modernas más llamativas

¹³ Kristian C. Gustafson, véase nota 13.

de toda América Latina. Hubo marxismo y antimarxismo antes de la revolución rusa; el Frente Popular en los 1930 se desarrolló en una cultura política muy parecida a la europea. Allende y Pinochet pasarían a ser símbolos universales. No tiene nada de extraña la observación del embajador británico Hildyard, de que en Chile se llevaba a cabo la misma batalla ya desarrollada en Europa unas décadas antes. No tenía nada de raro que los chilenos se identificaran con uno u otro de los grandes modelos universales. La URSS, EE. UU. y Cuba eran tanto potencias externas como modelos para la sociedad chilena.

EE. UU. lo era de manera tácita, ya que no tenía una sensibilidad política tan definida como los movimientos marxistas, aunque su atractivo era quizás no menos penetrante a través de venas sutiles. Por otro lado, el golpe de timón que se le iba a dar al país por parte de la Unidad Popular era impensable sin la existencia de los modelos concretos en la Unión Soviética y en la Cuba de Castro. La URSS había participado en el financiamiento del comunismo criollo y dio un claro apoyo a Allende, aunque muy pero muy lejos de lo que el marxismo chileno había anticipado. Castro en cambio tuvo una presencia gravitante en la experiencia chilena. Organizó la parte más militar de la izquierda chilena y vetó claramente toda posibilidad de que la Unidad Popular pudiera tener un desenlace negociado con las fuerzas políticas opositoras. Ello no fue la acción de un “agente” o de una oscura conspiración, sino que la expresión chilena de una posibilidad universal, ardorosamente sostenida por vastos sectores; temida y combatida por otros.

Chile era también parte de la sociedad latinoamericana, con *formas* políticas más sofisticadas; pero no necesariamente con un contenido más refinado. De allí la callada ironía y la extrañeza del embajador de Su Majestad. El país decidió su destino no en una guerra internacional, como Inglaterra en 1940, sino en una de esas batallas políticas del siglo XX que combinaban el carácter de “guerra civil política” con el simbolismo global, como la guerra civil española. Su gran modelo fue la guerra civil española. ¿La diferencia? Que entre 1970 y 1973 fue fundamentalmente sin armas, ya que éstas sólo eran empleadas potencialmente, como amenaza. Y cuando llegó la hora, el levantamiento militar tuvo el apoyo masivo (¿cuánta mayoría?, eso será siempre terreno de especulación) de la población y de un polo político mayoritario, todo ello a un costo menor que el temido, pero mayor que el “necesario”.

Nuevamente, ¿en cuáles documentos nuevos sobre la política de la Casa Blanca se basan o reproducen los autores? Decíamos que incluyen bastante poco que ya no se conociera, y los libros no nos dan ningún aporte

para pensar los sucesos. Insisten en lo del “bloqueo invisible” de Chile como “otro Vietnam”, por la negativa de Washington a seguir proporcionando préstamos a Chile. Depende del cristal con que se lo mire. ¿Por qué Washington iba a seguir ayudando a un gobierno que sostenía que todo los males de Chile se debían al imperialismo? ¿No era el objetivo de la Unidad Popular “romper con el imperialismo”? El verdadero dinamismo del mundo provenía del bloque “socialista”, era la tesis central de la Unidad Popular; era un sistema que no tenía contradicciones con los pueblos que se liberaban del yugo imperialista. En fin, nada se aporta a lo que ya se sabe.

Prácticamente nada resulta novedoso en la política de la Casa Blanca de ayudar a mantener con vida a la oposición mediante ayuda económica. Aquí estuvieron los 6,5 millones de dólares. En ningún documento se habla de “los camioneros”, salvo por una cantidad insignificante, y ello dentro del Informe Church de 1975. Lo más probable es que ese aporte llegó, pero esto no se sabe por la “revelación” de los autores. El gobierno norteamericano dijo, excusándose, que su objetivo era permitir que las fuerzas de oposición pudieran retomar el poder por medio de elecciones, y no el de destruir la democracia.

De muchas fuentes se puede colegir que, sin ser esto del todo falso, se mandó también el mensaje a las fuerzas armadas de que EE.UU. las apoyaría si tomaran el poder. En un informe del 14 de marzo de 1973 se decía:

Debemos dejar muy claro que no apoyaremos un intento de golpe, salvo que sea evidente que cuenta con el apoyo de la mayor parte de las fuerzas armadas y de los partidos democráticos opositores, incluido el PDC. (Kornbluh, p. 117.)

Se deja ver aquí la estrategia norteamericana, que había descartado la empresa inútil y posiblemente contraproducente de tratar de crear un golpe, como en septiembre y octubre de 1970. Se volvía a la estrategia, recomendada desde un principio por el embajador Korry, de apoyar una oposición que sería puesta entre la espada y la pared. Luego, la crisis institucional que el “fidelismo sin Fidel” pensaba llevar a acabo —y que en parte alcanzó a hacerlo—, pondría a todos los actores en una situación imposible.

Además, se ve que los norteamericanos estaban bien informados de que dentro del alto mando se había generado un estado de ánimo primero, y un proyecto después, para deponer a Allende, movidos por un sentimiento antimarxista, que ahora sí los dominaba. Tenían gente que les informaba. Con todo, el conocimiento de esta urdimbre no era muy diferente del que

circulaba entre los dirigentes de la Unidad Popular y que era del dominio del mismo Allende.

¿Qué existe de nuevo en esta documentación? Que los norteamericanos, *al parecer*, sabían ya en 1972 que Pinochet, siendo básicamente un profesional, estaba pensando en la posibilidad de intervención militar. Primero lo supieron a través del cuento de la novia del hijo, o “polola” en chileno, y después por un enviado más directo, o por sus conversaciones de cuando estuvo en Panamá; algo de esto había contado el mismo Pinochet en la primera versión de sus memorias tituladas *El Día Decisivo* (1980).

Más interesante, Kornbluh entrega nuevo material en torno a la estrategia que había tras la entrega de aportes monetarios a la oposición. Nada nuevo bajo el sol, sólo añade cuantitativamente un poco más de detalle. Describe el financiamiento de la estructura del Partido Demócrata Cristiano y la importancia vital (al parecer no todos en Washington lo creían) de *El Mercurio* como medio de información y de referencia. Si este diario caía ante las presiones sutiles (otras no tanto) de la Unidad Popular, la oposición habría empezado a derrumbarse.

Ciertamente, habría sido bochornoso que se hubiera sabido esto en público, como lo habría sido la revelación del financiamiento soviético al Partido Comunista, o la extensión del involucramiento cubano en la preparación de un contingente armado ilegal en el que participaba directamente la propia embajada de Castro, o como la carta de éste a Allende del 29 de julio de 1973, en que lo empuja al enfrentamiento y a la muerte. A la vez, todo esto se sospechaba.

Veamos lo que se dice acerca de *El Mercurio*, en abril de 1972:

En cuanto al impacto público y la efectividad política, el gobierno de Allende y la oposición política consideran que *El Mercurio* es el medio de difusión de información antiallendista más efectivo en Chile [...]. *El Mercurio* seguirá expuesto a varias formas de acoso de parte del gobierno. Si Allende está decidido a acallar *El Mercurio* es probable que encuentre los medios de hacerlo bajo algún mecanismo legal, no obstante el apoyo financiero del gobierno estadounidense. En dichas circunstancias, una decisión de dar apoyo financiero adicional no debiera basarse en consideraciones financieras, sino en un juicio de valor acerca de la importancia de intentar consolidar la existencia del diario con fines políticos. (Kornbluh, p. 187.)

El autor del informe cree constatar la marcha irresistible de La Moneda hacia el estrangulamiento de la oposición en Chile, por medios “blancos”. Y no es que los norteamericanos encontraran en Chile a una

contraparte muy tranquila. En medio de la tensión que crearon la movilización de la Unidad Popular primero, y la contramovilización de los opositores después, todos tenían conciencia de que los recursos estaban con los primeros¹⁴. En un combate con significados globales, era natural que los opositores recibieran ayuda de fuentes externas en momentos en que la vigencia de la Constitución comenzaba a ser puesta en cuestión. Claro está, nadie se había fijado mucho si había sucedido lo mismo cuando estos aportes comenzaron a llegar en los sesenta, o antes, en los cuarenta. Más adelante, canalizados por medios más *fashionable*, como la National Endowment for Democracy en los 1980, adquirirían una cierta respetabilidad.

En todo caso, que los opositores a la Unidad Popular se sentían en un callejón sin salida, no cabe duda que ésa era la percepción. Renán Fuentealba, presidente de la Democracia Cristiana en los dos primeros años del gobierno de Allende, fue uno de los trece dirigentes que condenaron el 11 de septiembre, aunque culpando mucho a la violencia de la “ultraizquierda”. Cuando en septiembre de 1972, en la casa del empresario Juan Abogabir, Fuentealba se encontró con el funcionario de la embajada norteamericana Richard Schwartz, comentó que las fuerzas del gobierno de la Unidad Popular estaban cercando ya casi irremediablemente a la oposición, “la que moría por asfixia”¹⁵.

¿Qué significa esto? En primer lugar, que los fondos aportados por EE.UU. a la oposición pudieron haber jugado un papel importante en la movilización de la oposición. Al estar cada día más el grueso de la economía en manos estatales —de funcionarios de la Unidad Popular—, de donde por lo demás quizás salía también el grueso del mercado negro, este poco que se canalizó por la CIA *pudo* haber tenido un peso considerable o decisivo. Es asunto de ponderación y también de conjetura.

En segundo lugar, que en este combate de significación y de envergadura global, las fuerzas externas, soviéticas, cubana y norteamericanas, observaban a esta guerra civil política como moviéndose en un estrecho desfiladero en el cual el resultado podía ir para uno u otro lado. Y los opositores estuvieron casi hasta el final, a mediados de 1973, más cerca de una reacción pesimista que optimista.

La oposición no estaba del todo desprovista de fondos, descontando el apoyo que EE.UU. canalizó a través de la CIA. El mismo hecho de la movilización supuso una cuota de entusiasmo, sentido de peligro extremo y

¹⁴ Sobre este tema, Joaquín Fernando, “Transición al Socialismo y Confrontación en Chile, 1970-1973” (2003).

¹⁵ Entrevista de Richard E. Schwartz con Renán Fuentealba en casa de Juan Abogabir, 29 de septiembre de 1972. NARA, Chile Declassification Project, Human Rights in Chile, Trench 2, Vol. 1.

de sacrificio (y de “fiesta”) que los llevó a poner sus propios fondos, aunque había muchas señales de agotamiento. Es probable que en el futuro no hubiera muchos fondos más provenientes del gobierno norteamericano. La creciente crisis de Watergate estaba comenzando a paralizar a la Administración Nixon. Esto, desde luego, es hipótesis contrafactual (“¿qué habría sucedido si tal o cual cosa hubiera sucedido de otra manera?”)

Del mito a la comprensión

Todo esto nos lleva hacia un hecho muy simple, para concluir las reflexiones que pueden despertar estas dos publicaciones que se supone agitan la “memoria” de los treinta años. Ha habido dos grandes imágenes que se han querido apoderar de la mente de los chilenos. Una de ellas, que la violencia que alcanzó a desatar la Unidad Popular y, sobre todo, la que preparaba, legitimaría la violencia inicial del régimen militar y sus “excesos”. Iba a ser un gran mito político, en el sentido aquí definido de mito, quizás como lo hubiera establecido Gaetano Mosca, el pensador político italiano de hace cien años, en el que una parte del país creyó por cierto tiempo.

El segundo gran mito: que la Unidad Popular no era más que otra búsqueda de un socialismo dentro de la tradición política chilena. Esta imagen, que ha pugnado por abrirse paso con cierto éxito a raíz del trigésimo aniversario del 11 de septiembre, ha sido fortalecida precisamente por los excesos del gobierno militar, el exterminio de opositores políticos y la confusión del hombre con el Estado.

Una solución para atar los demasiados cabos sueltos que dejan estos mitos es fortalecer la idea de que “la CIA hizo todo”. Una simple lectura del material hace imposible afirmar esto. Es otro de esos mitos que vinculan nocivamente a la historia con la política, y que apuntan hacia la aceptación de las aparentes fatalidades del desarrollo de los acontecimientos. La historia de Chile contemporáneo fue el resultado de elecciones de los actores chilenos, como lo es la historia cotidiana que enfrentamos día a día. Esto incluye el que seamos sujetos vitalmente vinculados al mundo. Si entramos en crisis, si nos dividimos hasta alcanzar el punto de “conflicto”, veremos siempre codo a codo con nosotros a actores “externos”, que los hallaremos “naturales”, o producirán nuestro “rechazo”. La política chilena entrará en un período de mayor madurez y de consolidación cuando en vez de acoger este tipo de “mitos” como los propalados por esta clase de publicaciones, accedamos a la comprensión de estos hechos relativamente sencillos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bicentenario*, 2, 2 (2003), Santiago.
- Blakemore, Harold. *Gobierno Chileno y Salitre Inglés 1886-1896: Balmaceda y North*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1977 [original, Londres 1974].
- Falcoff, Mark. *Modern Chile. A Critical History*. New Brunswick, Londres: Transaction Publishers, 1989.
- Fernandois, Joaquín. *Chile y el Mundo 1970-1973. La Política Exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el Sistema Internacional*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985.
- Fernandois, Joaquín. “¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría (1962-1973)”. *Estudios Públicos*, 72, primavera de 1998.
- Fernandois, Joaquín. “La Larga Marcha a la Nacionalización: El Cobre en Chile, 1945-1971”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 38, 2001.
- Fernandois, Joaquín. “El Sistema Corfo y la Época del ‘Subsidio’ en Chile, 1939-1973”. *Bicentenario*, 1, 2, 2002.
- Fernandois, Joaquín. “Transición al Socialismo y Confrontación en Chile, 1970-1973”. *Bicentenario*, 2, 2, 2003.
- Fontaine, Arturo “Estados Unidos y la Unión Soviética en Chile”. *Estudios Públicos*, 72, primavera de 1998.
- Gustafson, Kristian C. “The Dangeorus Second Track. The CIA in Chile and the Assassination of General Schneider”. *Studies in Intelligence*, 47, 1, 2003.
- Hildyard, D. H. T. (Del embajador D. H. T. Hildyard al Foreign Office, 13 de marzo de 1973). *Public Record Office*, Foreign Office, LAB 13/2593.
- Korry, Edward M. Joaquín Fernandois, Arturo Fontaine Talavera. “El Embajador Edward M. Korry en el CEP”. *Estudios Públicos*, 72, primavera de 1998.
- Pérez, Cristián. “Salvador Allende, Apuntes sobre su Dispositivo de Seguridad: El Grupo de Amigos Personales (GAP)”. *Estudios Públicos*, 79, invierno de 2000.
- Ramírez Necochea, Hernán. *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891*. Santiago: Editorial Universitaria, 1969.
- Revel, Jean-Francois. *La Obsesión Antiamericana. Dinámica, Causas e Incongruencias*. Barcelona: Urano, 2003.
- Sigmund, Paul E. *The United States and Democracy in Chile*. Baltimore, Londres: A Twentieth Century Fund Book, 1993.
- Uliánova, Olga y Eugenia Fediakova. “Algunos Aspectos de la Ayuda Financiera del PC de la URSS al Comunismo Chileno durante la Guerra Fría”. *Estudios Públicos*, 72, primavera de 1998.
- Uliánova, Olga. “La Unidad Popular y el Golpe Militar en Chile: Percepciones y Análisis Soviéticos”. *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000.
- Verdugo, Patricia. *Bucarest 187*. Santiago: Sudamericana, 1999.
- NARA, Chile Desclassification Project, Human Rights in Chile, Trench 2, Vol. 1. (Entrevista entre Richard E. Schwartz y Renán Fuentealba en casa de Juan Abogabir, 29 de septiembre de 1972.) ☐